

Y SUS REVOLUCIONES.

21

garse a hacer la paz con la republica, ni le era posible dejar de llevar personalmente la embajada del rey de España a su señor.

Dispuesto ya todo, Cortes avisó al senado la resolución en que se hallaba de pasar a Mejico, y este cuerpo, para dar principio al cumplimiento de sus empeños, lo tuvo muy grande en que le acompañasen todas las fuerzas de la republica comandadas por sus mejores generales; pero no fueron admitidos sino seis mil hombres, y estos con el ejercito marcharon para Cholula, lugar que nuevos enviados de Moctezuma, portadores del permiso de pasar a Mejico, habian señalado para hospedar en su marcha al general. Los Tlascaltecas, ya sea porque lo presumiesen o porque tuviesen algun aviso de la red que se tendia en esta ciudad al ejercito español; procuraron antes de la entrada en ella infundir sospechas sobre las disposiciones de los Mejicanos, y no fué de las menores el haber reusado la entrada a los soldados de la republica que acompañaban a Cortes, cosa en que este no pudo decentemente insistir, por el estado de guerra abierta que existia entre ambas naciones, y del cual resultó que los aliados acampasen a alguna distancia de la poblacion. Aunque la precaucion con que vivia Cortes era suma, nada habia podido penetrar que debiese alarmarlo; sin embargo el proyecto de sorprenderlo existia y lo supo por algunos Tlascaltecas que, en-

viados desde su campo, le avisaron la prisa que se daban los de Cholula en sacar las mujeres, los niños y cuanto podia embarazar en una funcion de guerra, a lo que posteriormente se añadió la declaracion formal de la trama que una de las vecinas hizo a la celebre doña Marina con el objeto de salvarla. Entonces Cortes determinó ejercer un acto ruidoso de venganza; mas antes procuró tener algunas prendas que lo asegurasen en un reves, y para esto hizo llamar a los principales vecinos de la ciudad, de los cuales se presentaron bastantes. Cuando ya los tuvo reunidos en numero considerable, dispuso su fuerza compuesta de Españoles y Zempoales, y dió orden a los Tlascaltecas de que a una señal convenida avanzasen sobre la ciudad. Todo se ejecutó como lo tenia dispuesto, pues saliendo el de improviso de su alojamiento cayó sobre la multitud desprevenida al mismo tiempo que los Tlascaltecas cerraron por la espalda: la mortandad fué horrorosa y los templos con otros edificios de los mas notables a donde se refugiaron los perseguidos fueron todos incendiados y saqueados.

Dos dias duró esta escena de muerte y desolacion en la que perecieron mas de seis mil personas, y la barbarie con que se ejecutó fué tal, que el gobierno español no pudo desentenderse de ella, e hizo que se abriese una informacion judicial para averiguar y poner en claro la realidad, medios y fines de la

conspiracion que la provocó. Como quiera que sea, aunque la felonía de que usaron los de Cholula sea uno de los mayores delitos segun las leyes de la guerra, y estas autoricen a los generales de los ejercitos para castigarla severamente, el castigo, cuando la conspiracion está descubierta y frustrada, como sucedia en el caso, debe recaer sobre los principales culpados y no sobre la masa del pueblo, de lo contrario no puede libertarse de la nota de escesiva y atroz. Como Cortes ejercia estos actos de ferocidad mas bien por calculo que por inclinacion, mandó cesar la mortandad y esterminio luego que se persuadió se habia hecho lo bastante para intimidar a Moctezuma y a cuantos pretendiesen sorprenderlo en lo sucesivo; en seguida puso en libertad a todos los que tenia presos, intimandoles hiciesen venir a la ciudad a los que la habian abandonado; y aunque en el orden comun no era de presumirse que el suceso correspondiese a la invitacion, el ascendiente de Cortes era tal que en pocos dias la ciudad se repobló, y los habitantes volvieron a sus ocupaciones ordinarias.

Los gefes principales de la conspiracion que se habian logrado aprender, cuando fueron reconvenidos e interrogados sobre los motivos y fines de ella, confesaron de plano que todo habia sido obra del gobierno de Mejico. Sin embargo Cortes se hallaba resuelto a hacer la guerra al emperador de Mejico

del mismo modo que el se defendia , es decir sin comprometer su nombre ; afectó no dar credito a lo que se le decia , especialmente cuando se presentaron a disculparlo los embajadores de Moctezuma, quien instruido del hecho, no tuvo otro arbitrio que apresurarse a negar su complicidad en el.

Vencido ya este obstaculo, el ejercito emprendió su marcha para la capital con mas seguridad, pero con mayores precauciones. Cortes fué recibido y agasajado en todos los puntos del transito por los subditos de Moctezuma , y advirtió no sin grande satisfaccion que el disgusto con su gobierno no era esclusivo de las fronteras y pueblos recién conquistados, sino que existia en el corazon del imperio, tan debil por los principios de su constitucion como proximo a su ruina por la division de sus fuerzas. En el camino no se encontraron sino tropas de Mejicanos desarmados y pacificos, atraidos por la curiosidad de ver y conocer a los Españoles , y la voz *teules*, (dioses) repetida con frecuencia, se escuchaba con agrado e interes por ser una garantia de la propia seguridad. Desde las alturas reconoció Cortes la posicion ventajosa de la ciudad para impedir la salida de un enemigo que con fuerzas reducidas como las suyas hubiese llegado una vez a entrar en ella , pues aislada dentro de una laguna que solo comunicaba con el continente por tres calzadas ! el que quisiera abrirse paso por ellas a viva

fuerza, no solo se hallaba espuesto a los ataques de un frente y retaguardia muy reducidos, sino tambien a los de flanco, y podia ser envuelto con mucha facilidad. Tan fundadas consideraciones no lo hicieron vacilar, cerró los ojos y se metió en el peligro, fiado solamente en su fortuna y valor. Moctezuma salió a recibirlo con todo el aparato que era propio de los actos mas publicos y solemnes de su imperio, y despues de los reciprocos cumplimientos, el ejercito español se alojó en uno de los mas grandes palacios de la ciudad dentro del cual cupo todo.

Aquí tenemos ya a Cortes dentro de Mejico rodeado de mayores peligros que los que habia logrado superar, y embarazado hasta lo sumo porque los pretestos dados para su venida iban a desaparecer con ella. Introducido de paz en la capital, y confinado en un rincon de ella, se hallaba por todas partes rodeado de las fuerzas del imperio, cuyo gefe podia tomarse todo el tiempo necesario para disponerlas sin que lo percibiese el ejercito español a fin de caerle de sorpresa y acabar con él de un golpe.

Las comunicaciones con Tlascala y Veraacruz, unicos puntos de refugio, y de donde podia esperar algun auxilio, debieron considerarse cortadas e interrumpidas; y concluida la mision o embajada de que Cortes se suponía ministro, desaparecian los pretestos hasta allí alejados para mantenerse en el pais, especialmente si los Mejicanos, mantenien-



dose en un estado pacifico, no los ministraban para romper con ellos en una guerra abierta. Los primeros dias se pasaron en recibir y corresponder las visitas de Moctezuma. Este principe confirmó a Cortes las noticias que ya tenia de una tradicion generalmente recibida entre los Mejicanos, de que los descendientes de uno de sus antepasados que habia ido a establecerse al Oriente vendrian, andando el tiempo, a Mejico a gobernarlo y a reformar su constitucion y leyes. Moctezuma aparentó reconocer en los Españoles los hombres que se esperaban, y el conquistador, como era de creerse, partiendo del mismo principio, no perdió la ocasion de darse importancia y hacer valer en su favor los derechos que a virtud de semejante tradicion se reconocian en el. Habló con el mas profundo respeto de su rey, ponderó la grandeza de su poder y la estension de sus dominios, y concluyó por la esplicacion de las miras beneficas que tenia sobre el imperio de Mejico, y las inmensas ventajas que este reportaria de su alianza.

En una negociacion entablada por ambas partes de mala fe y con el unico objeto de ganar tiempo, todo fué vago, reservandose cada una de ellas para lo sucesivo tomar el partido que le conviniese o indicasen las circunstancias. Cortes, bajo el pretesto de satisfacer la curiosidad tan natural a todo viajero, pero con las miras reales de proveer a su seguridad o facilitar una retirada si llegase a ser necesaria; no solo

recorrió con ojo militar toda la ciudad, sino que procuró imponerse de los hábitos, costumbres y preocupaciones del país, de sus fuerzas, recursos, modo de defenderse y combatir, en una palabra de cuanto era o podía estimarse conducente a su objeto. Por su talento comprensivo, logró encargarse de todo en pocos días, y de necesidad entró en una inacción que no podía conformarse con su carácter vivo y emprendedor. El embarazo de semejante situación se habría prolongado aun por mucho tiempo si no hubiese venido a terminarlo la noticia de un reves acaecido en la guarnición de Veracruz. Mientras Cortes caminaba para Mejico, los Zempoales se quejaron al capitán Juan de Escalante de las estorsiones que les hacía sufrir Qualpopoca, general de Moctezuma, por haberse hecho subditos de la corona de Castilla y reusados a pagar los tributos al emperador de Mejico. El gobernador creyó que sin faltar a sus deberes no podía abandonar la causa de sus aliados; pero, en consonancia con las ideas de Cortes, empezó por tentar los medios pacíficos, que como era de presumirse no tuvieron otro efecto que poner la justicia de su parte.

Desatendidos sus reclamos e insultado por el general mejicano, salió a campaña con dos mil Indios aliados y poco más de cuarenta Españoles. Una derrota campal que sufrieron los Mejicanos y el incendio de un pueblo a que se habían refujia-

do, fué el resultado de esta jornada ; mas la victoria se compró bien cara pues salieron mal heridos algunos Españoles , entre ellos el gobernador que murió a pocos dias , y lo peor de todo fué que hicieron un prisionero, cuya cabeza, despues de haber sido asesinado, fué paseada en triunfo por las principales ciudades sujetas a Moctezuma , y presentada como una prueba decisiva de que los Españoles no eran inmortales.

Sintió Cortes, como era de creerse, la perdida de los Españoles, y mas que todo la del credito de inmortales que se habian ganado en la opinion popular. Mas este incidente, adverso bajo un aspecto , le fué muy favorable bajo otros , pues le ministró motivos o pretextos honrosos para salir de la inaccion en que se hallaba , y dar uno de aquellos golpes de atrevimiento y arrojo, que solo dejan de admirarse por ser tan comunes y frecuentes en la historia de esta conquista. Concibió pues el proyecto de apoderarse de Moctezuma y tenerlo prisionero en el cuartel de los Españoles dentro de su misma corte ; mas no atreviéndose a dar un paso de tan peligrosas consecuencias sin el acuerdo de sus capitanes , los reunió con el objeto aparente de consultarles , pero en la realidad sin otro fin que el de persuadirles la necesidad y conveniencia del proyecto. Si en otras circunstancias hubiera sido enteramente desechado y reconocido unánimemente por temera-



rio o impracticable, en las apuradisimas en que se habia metido el ejercito español no le fué difícil a Cortes persuadirles que no les quedaba otra aldaba de que asirse, ni otro partido a que atenerse. La desesperacion hizo que se adoptase, como medio unico para salir de esta situacion apurada, el arresto del emperador, y despues de haber tomado todas las precauciones necesarias para asegurar el exito, se procedió a ejecutarlo. Cortes, con su acompañamiento ordinario pero compuesto de sus principales capitanes, se dirigió a palacio donde fué recibido con las muestras de cordialidad acostumbradas y las atenciones de estilo; mas luego que se halló solo con los Españoles en presencia de Moctezuma, desapareció de su semblante aquel aire de sumision y respeto con que siempre lo habia tratado, y revestido de toda la severidad de un quejoso que viene a pedir satisfaccion por sus agravios y puede apoyar su demanda con la fuerza, le reconvino por haber roto traidoramente la paz con los Españoles y haber hecho degollar un prisionero de guerra, le hizo cargo del silencio malicioso que sobre esto habia guardado con el, y de todos los incidentes que probaban en el gefe del gobierno de Mejico una conducta cautelosa y solapada para sorprenderlo, y hacian evidente su complicidad; ultimamente acabó por pedir una satisfaccion ruidosa y proporcionada al tamaño de la ofensa.

Moctezuma que no estaba preparado para un lance semejante quedó altamente sorprendido de la demanda y sobre todo del orgullo y satisfaccion con que se hacia. Los impulsos de la colera y los remordimientos de una conciencia delincuente ajitada por el temor, se sucedian sin intermision en su espiritu, mientras Cortes hablaba; mas no teniendo tiempo para dar una respuesta pensada, se decidió a disculparse y a dar la satisfaccion que se le pedia, contrayendola a mandar se trajese preso a Qualpopoca a su presencia y ofreciendose a castigarlo. Fué admitido el ofrecimiento, pero Cortes no era hombre que se contentaba con palabras, ni puesto ya en el camino, dejaba de llegar al termino: no creyó pues que debia dejar perder las ventajas que su resolucion le habia hecho adquirir sobre Moctezuma, y antes de que pudiese salir de su sorpresa le hizo entender que los Españoles no se darian por satisfechos ni seguros mientras no se resolviese a vivir entre ellos, y cortar por este medio de un golpe todos los motivos de desconfianza que les habia causado la conducta de Qualpopoca. Tan estraña como insultante proposicion hizo estallar la colera de Moctezuma, y entonces se entabló un dialogo muy animado por su parte, y muy calmado por la de Cortes, Moctezuma se negó redondamente a constituirse prisionero de los Españoles, y Cortes se esforzó en probarle que no debia considerarse co-

mo tal , por solo el hecho de alojarse en un cuartel que era palacio suyo y habia sido habitacion de sus mayores. La conferencia se alargaba sin adelantar un paso, por la resistencia del monarca y la inflexibilidad del general español, y la posicion de este se hacia cada momento mas dificil, pues ni podia volver atras ni llevar al cabo la empresa. El capitán Juan Velasquez de Leon, hombre de caracter muy fogoso y que se hallaba presente, perdió por fin la paciencia, y en un raptó de furor espresado con todo el descomedimiento de un militar, exclamó que era necesario apoderarse del emperador vivo o muerto.

El movimiento que notó Moctezuma y la esplicacion que de el le hicieron los interpretes, lo aterró completamente y produjo en el la sumision que Cortes buscaba sin fruto por otros medios. Temeroso de que los Españoles se propasasen a cometer en su persona el atentado que provocaba uno de ellos , mandó llamar a sus familiares , les previno hiciesen saber a sus subditos que por su libre y espontanea voluntad habia resuelto trasladar por algunos dias su habitacion al alojamiento de los Españoles, mandó traer preso a Qualpopoca e impuso pena de muerte a todo el que intentase sublevar la multitud so pretesto de libertarlo. Cuando trascendió por la ciudad la resolucion de la corte , la alarma se difundió rapidamente por todas las clases

de la sociedad, y sus resultados habrian sido funestos a los Españoles, si el pueblo de Mejico hubiese tenido otra idea de sus obligaciones politicas que la de una sumision absoluta o ilimitada a la voluntad del monarca. Asi es que la alarma no tuvo otro efecto que el de la sorpresa y admiracion de ver a su emperador tan orgulloso por caracter, humillarse hasta el grado de dejarse conducir preso, y sometido a la inspeccion y vijilancia de unos aventureros.

Cortes, luego que obtuvo el consentimiento de Moctezuma para trasladarse al cuartel de los Españoles, varió enteramente de tono y volvió a prodigarle todos los actos de sumision y respeto que habia hecho cesar momentaneamente por el tiempo que duró la intimacion: hizo que se trasladase y fuese alojado con todo el aparato y suntuosidad correspondiente a su dignidad, y previno a los soldados se condujesen con él de modo que nada tuviese que desear en los actos de miramiento y respeto a que estaba acostumbrado. Además no se le puso obstaculo ninguno al ejercicio de su autoridad, ni se intervino en el de un modo ostensible, dejandolo obrar a su arbitrio en las cosas de poca importancia, y procurando diestramente que por sí mismo y sin que hubiese precedido invitacion consultase las de mayor interes con el general español. Moctezuma que nada de esto esperaba y que por otra

parte era mas apegado a los aparatos de la soberania que a la realidad de su ejercicio, se llegó a familiarizar con la prision de modo que no dió que hacer ninguno a los Españoles, y Cortes por este medio se procuró mil seguridades que en vano habria tentado por otros, pues logró gobernar el imperio sin contradiccion ninguna y tomarse todo el tiempo que fuese necesario para adquirir las noticias que pudiesen importarle, y preparar cuanto pudiese conducirle al termino de su empresa.

Cuando Qualpopoca estuvo en Mejico, Moctezuma lo puso a disposicion de Cortes, e interrogado que fué por su conducta dió por descargo las instrucciones de su señor, un consejo de guerra que lo juzgó no hizo aprecio ninguno de ellas declarandolas supuestas, y lo condenó a perecer en la hoguera con algunos otros de su familia. La sentencia se ejecutó con la misma precipitacion que se habia dictado, y la presencié un numeroso pueblo que, abatido bajo el yugo de un despota, no se atrevió a impedir ni aun desaprobado lo que su señor permitia. Este acto horrible de barbaras represalias fué acompañado de otro de desacato que se ejerció en la persona del monarca. Cortes que deseaba por actos repetidos de atrevimiento y firmeza sentar su reputacion de superioridad sobre la dignidad imperial acatada hasta el grado de supersticion por los Mejicanos, quiso tentar por esperiencia hasta que punto po-

dria contar con el sufrimiento de Moctezuma, y se resolvió a ensayar el acto mas humillante para su persona y dignidad. Mientras se ejecutaba a Qualpopoca se presentó en la habitacion del emperador, le hizo cargo de que su general lo condenaba, atribuyendo a ordenes suyas la conducta que habia observado con los Españoles, y cuando vió pintados en su semblante los efectos del terror, mandó a un soldado que a prevencion llevaba unos grillos y otros instrumentos destinados al castigo de los delincuentes, se los pusiese en el acto, como se verificó. La pusilanimidad y cobardia que manifestó Moctezuma al sufrir tamaño ultraje, las muestras serviles de gratitud acompañadas de una alegría indecente cuando este se hizo cesar, y mas que todo la estúpida admiracion y cobarde quietud con que los Mejicanos vieron perecer un general cuyo unico delito consistia en haber dado algunos pasos para sostener la dignidad e independencia de su nacion, dió a Cortes el resultado que buscaba, es decir, le manifestó hasta que punto podia contar con el sufrimiento de los Mejicanos y de su monarca. Despues de lo que habia pasado conoció practicamente que todo lo podia sobre un rey tan degradado, y sobre un pueblo, aunque valeroso, tan servilmente educado.

Por entonces no se creyó necesario intentar mas, y corrieron seis meses en perfecta tranquilidad,